

ANTÍA EIRAS

A romantic outdoor lounge area at night. The scene is framed by light blue curtains hanging from a wooden beam. A string of warm white lights with small, square-shaped bulbs hangs across the top. In the center, the title 'MIL NOCHES A TU LADO' is written in large, white, serif font. Below the text, there is a white sofa on a wooden pallet base with a light blue heart-shaped pillow and a white blanket. To the right is a blue and white striped sofa with matching pillows. In front of the sofas is a wooden pallet coffee table with a small gold-colored object on it. The floor is made of dark wood. On the left, there are several lit candles in glass holders. The background is a dark night sky with a few stars.

MIL  
NOCHES  
A TU LADO

Pol de Montellà Bau cree haber dejado atrás su pasado y se dispone a comenzar una nueva vida; sin embargo, pocos meses después empieza a recibir amenazas. Obligado por su familia y por la policía, acepta la protección, las veinticuatro horas del día, de una unidad especial dirigida por la única mujer inmune a sus encantos.

La inspectora Ainara Irazábal es la encargada de proteger al único hombre capaz de romper su férrea coraza, construida con mucho esfuerzo durante más de ocho años. Demuestra una fría indiferencia hacia uno de los mayores mujeriegos de la sociedad barcelonesa, aunque esa débil máscara se resquebraja cuando intenta, por todos los medios, luchar contra la innegable atracción que siente hacia él.

¿Será capaz Ainara de resistirse al indiscutible atractivo de Pol? ¿Podrá él derribar los muros de la enigmática y atractiva inspectora? ¿Lograrán ambos rebelarse contra la tensión sexual que surge cada vez que están cerca el uno del otro?

## Índice de contenido

Cubierta

Mil noches a tu lado

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Sobre la autora

Notas

*Dedicado a todas las personas que creyeron  
en mí, incluso antes de que yo lo hiciera*

## Prólogo

Ataviada de manera elegante para la ocasión, Ainara se volvió en su silla al oír los primeros acordes de la banda de música, esperando ver a su amiga aparecer por el pequeño pasillo situado entre las hileras de invitados y cruzándolo agarrada del brazo de su mejor amigo, Ricky. Sonrió ampliamente al ver lo hermosa que estaba, vestida con un traje de vampiresa hecho a medida y los ojos brillantes por la emoción.

Atrás habían quedado el dolor y los deseos de venganza de su amiga contra la persona que había asesinado a sangre fría a su hermana melliza. Nadie –incluida la propia Ainara– había creído a Adriana cuando afirmaba que su hermana no se había suicidado, y la habían tildado de loca cuando decidió infiltrarse en la empresa de publicidad más importante de Barcelona para descubrir la verdad. No obstante, al final, había demostrado que no estaba equivocada y que sus sospechas eran ciertas cuando arrestaron a la secretaria del hermano de su ahora futuro marido.

Habían sido momentos inciertos y con un alto grado de peligro, pero tras conseguir hacer justicia, Adriana no solo había encontrado la paz, sino también al hombre que la había hecho creer de nuevo en el amor, y con el que podría ser feliz para siempre.

Desde el instante en que Marc de Montellà le había pedido matrimonio de aquella manera tan original en el *Survive*, había tardado solamente seis meses en llevarla al altar. Cuando logró arrancarle un «sí» a Adriana con la única premisa de que fuera una boda íntima, aprovechando la carta blanca que le había sido concedida de forma sorprendente, Marc decidió organizar a toda prisa una boda de disfraces para conmemorar el día y la manera en la que se habían conocido, cambiando sus vidas para siempre desde aquel mismo instante, con la única intención de impedir que ella se echara atrás.

El lugar elegido habían sido los enormes jardines de la casa familiar, adornados con gusto exquisito por flores con fragantes aromas y guirnaldas de luces que le conferirían un halo muy romántico. El altar se encontraba al amparo del árbol bajo el que se habían besado por primera vez. Y las mesas redondas, donde cenarían más tarde, se situaban alrededor de la piscina alumbrada por varios focos sumergibles y diversas velas flotantes, además de numerosos farolillos estratégicamente situados que arrojaban una luz etérea.

Una noche de verano había sido la fecha escogida, y aunque era imposible que hubiera surgido a propósito, los acompañaba una luna llena que surcaba el cielo estrellado en ese encantador escenario.

Ainara se levantó de su silla cuando la marcha nupcial comenzó a sonar, y las miradas cómplices de ambas amigas se cruzaron durante un breve instante cuando Adriana pasó cerca de ella.

La novia estaba deslumbrante. Y Marc, con la mirada rebotante de ternura y devoción, la admiraba con promesas de amor en sus oscuros e intensos ojos negros.

Adriana llevaba un disfraz muy parecido al de la primera vez que había visto a «su mosquetero», el cual seguía guapísimo y muy atractivo vestido con el mismo traje con el que la conoció. El único cambio en la vestimenta de

Adriana fue sustituir la minúscula falda de color rojo rubí por una más larga y amplia confeccionada en capas y más capas de suave y exquisito tul, con una pequeña cola que arrastraba a su paso bajo un corsé de seda con escote palabra de honor con delicados bordados en negro.

Cuando llegaron al altar, su amigo Ricky, vestido de su *alter ego*, Rita, *la Conejita Divertida*, le entregó la mano de la novia a Marc, cruzando una mirada de orgullo con la madrina de la boda, que no era otra que su novia Nines, disfrazada de señorita Rottenmeier.

Los cuatro, delante del juez de paz que Marc había conseguido que oficiara la ceremonia gracias a sus altos e importantes contactos en la Ciudad Condal, esperaban impacientes a que el momento de unión fuera por fin oficial.

Cuando llegó el intercambio de anillos, el novio se volvió hacia su hermano Pol, que, disfrazado de apuesto pirata, se los entregó con una radiante sonrisa de satisfacción al observar a Marc notablemente nervioso. Jamás lo admitiría, pero Pol estaba casi igual de emocionado que el propio novio.

Los aplausos se sucedieron al sellar sus votos con un tórrido beso que dejó sin aliento a Adriana, dando por finalizado el acto civil.

Ainara esperó con paciencia a que hubiera un hueco entre los congregados para felicitar a la pareja de recién casados.

—¡Enhorabuena, chicos! —los felicitó cuando logró llegar hasta ellos.

—Muchas gracias —respondió Marc dándole un par de besos en las mejillas—. Me alegro de que... —Pero le fue imposible continuar hablando cuando alguien lo tomó por detrás requiriendo su atención inmediata.

Adriana aprovechó ese momento para abrazarse a su amiga con fuerza.

–¡Cuánto me alegro de que hayas venido, Nara! –le susurró conmovida al oído–. Significa mucho para mí.

–No me lo habría perdido por nada del mundo –respondió feliz de verla tan exultante–. Aunque jamás te perdonaré que me hayas obligado a vestirme de esta guisa –la regañó separándose un poco para enseñarle el disfraz.

–¿Por qué? –cuestionó su amiga con un brillo divertido en sus impresionantes ojos verdes–. ¡Si estás espectacular!

Ainara dio un paso atrás y puso los brazos en jarras.

–¿En serio, Adri? –bufó molesta.

Adriana la miró de arriba abajo con ojo crítico. Un vestido de sexy mujer policía cubría su cuerpo, pegándose a ella como una segunda piel. De la cintura colgaban unas esposas y una porra de juguete de un estrecho cinturón, al tiempo que una placa de plástico gris intentaba dar un poco de credibilidad al disfraz. Una coqueta gorra de policía, un poco inclinada a la derecha, cubría su cabeza, finalizando con unas medias negras sujetas a un seductor ligero que lograban que sus esbeltas y torneadas piernas resaltaran subidas a unos *peep toes* negros con plataforma y tacón de infarto.

–De puro milagro me tapa el trasero –rezongó Ainara, agarrando la licra de la falda para deslizarla unos centímetros hacia abajo.

–Te conozco demasiado bien, y no me extrañaría nada verte aparecer el día de mi boda con el horrible y soso uniforme de gala de la academia –explicó Adriana mientras le bajaba la cremallera del vestido con dos dedos con la intención de dejar al descubierto un poco de escote–. Tuve que tomar medidas urgentes ante lo que podría haber sido un verdadero desastre.

Ainara le dio un leve toque con la mano para impedirle que expusiera, ante los ojos de los invitados, más carne de la querida.

–¡Quita! –la amonestó incómoda–. Se me van a salir las tetas.

Su amiga dejó escapar una risilla juguetona.

–Estás impresionantemente guapa y sexy... ¡Y me encanta!

Ainara entornó los ojos y la miró con una expresión entre cautelosa y mordaz.

–¡Eres una bruja manipuladora! –resopló simulando ofenderse–. Porque sabes que te adoro y haría lo que fuera por ti, si no, ya te contaría yo quién iba a ponerse este disfraz atroz.

La novia dejó escapar una carcajada de regocijo al oír a su compañera y amiga, no obstante, la respuesta murió en sus labios cuando fue interrumpida por otros asistentes que reclamaban su cuota de atención.

Así que, con cautela para no romperse un tobillo, Ainara se alejó unos pasos sin despegar los ojos del suelo por temor a caerse de bruces. Su ropa habitual nada tenía que ver con lo que llevaba puesto esa noche, pues su trabajo de policía requería de una vestimenta cómoda y práctica que le ofreciera un amplio margen de movimientos en caso de necesidad. Por eso mismo, se encontraba en esos momentos muy alejada de su zona de confort, y se sentía bastante patosa y ridícula con aquel minúsculo disfraz que le había enviado Adriana con implícitas amenazas de muerte si no se presentaba vestida con él esa noche.

No iba muy desencaminada su amiga cuando expuso sus temores de que apareciera con el uniforme de gala de la Policía Nacional, que tenía cuidadosa y pulcramente colgado y guardado en su armario. Sin ninguna duda, habría sido su primera opción.

–¡Oh, disculpe! –farfulló al agarrarse a un brazo ajeno de forma inconsciente, tras torcerse un poco el tacón de aguja en el suave y mullido césped, perdiendo, como consecuencia, el equilibrio.

Cuando alzó el rostro con una sonrisa de agradecimiento, la línea ascendente de la comisura de sus labios agonizó de forma súbita, después de comprobar quien era el dueño de tan amable gesto.

—¿Estás bien?

El cuerpo de Ainara se tensó ante esas simples palabras, y retiró con rapidez la mano que agarraba el brazo del hombre en el que se había apoyado, como si ese simple contacto la quemara por dentro.

Un gesto que a él no le pasó desapercibido y que interpretó como rechazo.

—S-sí —musitó ella.

Los oscuros y penetrantes ojos negros observaron, de forma minuciosa, el valle entre los senos que asomaba por el pequeño escote que se hallaba a la vista. Deslizó su mirada por el resto del cuerpo de Ainara, recreándose en las suaves y sugerentes curvas de sus caderas y admirando sus torneadas y elegantes piernas. A continuación recorrieron el mismo camino de forma inversa hasta llegar a un rostro que ardía por el sonrojo pero que luchaba por demostrar una frialdad que estaba muy lejos de sentir.

—Inspectora —dijo a modo de despedida.

—Señor Montellà —respondió elevando un poco el mentón.

Lo vio alejarse de ella sin mirar atrás y, muy despacio, se obligó a expulsar el aire que retenía sin darse cuenta en los pulmones. Alto, moreno y arrebatadoramente guapo, Pol de Montellà Bau acaparaba las miradas de las mujeres allá por donde pasaba. Y él lo sabía.

Tras unos segundos, se llevó la mano a la cremallera del escote para subirla hasta el cuello y dejó escapar un lastimoso lamento.

Su relación con Pol no era precisamente afable; como mucho podría tildarse de cordial, por no decir tirante. Y en realidad, era culpa de ella.

–¡Un momento! –detuvo con una señal a una camarera que pasaba cerca con una bandeja llena de copas de cava.

Cuando esta se acercó, agarró una, se la bebió de un solo trago y a continuación dejó la copa vacía encima del frío metal. Dudó un instante, pero al final tomó otra con la intención de ingerirla, esta vez, de forma más pausada.

–¿No es un poco pronto para empezar a beber de ese modo? –preguntó una voz a su espalda que la sobresaltó.

Avergonzada, Ainara se giró para enfrentarse a la mirada recriminatoria del comisario a cargo de la unidad donde ella trabajaba, pero estuvo a punto de darle un ataque de risa.

–No estoy de servicio, jefe. Además, tenía que coger fuerzas para enfrentarme a... –Rompió a reír sin control, y cuando pudo sosegar, le advirtió–: Se le está despegando el bigote, Freddie Mercury.

El hombre enseguida se llevó la mano al rostro para recomponerse el malogrado mostacho y quitarse, con disimulo, la horrible e incómoda dentadura postiza tan característica de ese personaje.

–No te rías, Irazábal –la amonestó incómodo por su ataque de hilaridad–, era el único disfraz que tenía en casa y que me servía.

–Si no me río –mintió ella tapándose la boca con disimulo–, solo que no le pega para nada.

El comisario observó su disfraz de sexy mujer policía y no pudo evitar que un brillo de admiración bailara en su seria mirada.

–Podría decirse lo mismo de ti.

Ainara tiró del vestido hacia abajo mientras el rubor le teñía hasta el nacimiento del cabello.

–Esto..., eh...

Su jefe se apiadó de ella.

–Corramos un tupido velo, ¿de acuerdo?

Los dos se miraron abochornados mientras maldecían a la pareja a la que se le había ocurrido la tontería de celebrar una boda de disfraces.

–Sí, será mejor –convino bebiendo otro sorbo de cava.

–¿Has venido sola?

–Ajá –respondió esperando una mirada compasiva por acudir «sin compañía masculina» a un evento como ese. Sin embargo, esa mirada nunca llegó, y ella lo agradeció inmensamente—. ¿Y su mujer?

El hombre miró a su alrededor buscando a su compañera entre la gente.

–Ha ido un momento al baño... ¡Ah, ahí está! –advirtió saludando con la mano a un Michael Jackson entrado en carnes que se acercaba a ellos.

Los tres charlaron con animación durante unos minutos hasta que los avisaron para sentarse a cenar.

Ainara buscó entre las mesas el cartelito con su nombre asignado a un asiento y, cuando lo encontró, se alegró un montón de estar acompañada por los padrinos de la boda. No obstante, la desolación la embargó al darse cuenta de que estaría toda la velada sentada a la misma mesa que el hombre al que quería evitar. Lo único que salvaba esa horrible situación era tener a su lado a Nines y a Ricky, a los que ya conocía y consideraba encantadores.

Ainara meditaba seriamente cambiar el maldito papel de mesa, sin embargo, fue demasiado tarde. Acompañado por una despampanante rubia, Pol de Montellà Bau se acercó al avistar su nombre en el pequeño cartel.

Las miradas de ambos se encontraron durante un breve instante, y el único gesto de contrariedad en el rostro de él fue un músculo de la mandíbula que se contrajo al apretar los dientes con fuerza. Por lo demás, la ignoró tal y como si no estuvieran compartiendo el mismo espacio vital.

Ainara se sentó en su silla y colocó la servilleta pulcramente encima de sus rodillas, haciendo caso omiso de la

pareja que tenía justo de frente.

–*Helloooo!* –saludó Ricky a los comensales mientras retiraba la silla que se encontraba a su lado con galantería para ayudar a su novia a sentarse.

Vestido de conejita de *Playboy*, con una peluca rosa y unos zapatos de plataforma, era todo un espectáculo digno de ver.

–¡Estás espectacular, Rita!

–¡Tú sí que estás impresionante, cariño! –la elogió Ricky guiñándole un ojo.

Ainara le sonrió con aprecio y luego se inclinó un poco para susurrarle a Nines:

–Vas a tener que atarlo en corto, tiene a todas las mujeres embelesadas con su encanto.

La antigua secretaria de Marc, y recientemente secretaria de Pol en la empresa de publicidad Montellà & Fills, le respondió con orgullo.

–Cariño, este polluelo ya está pillado, y no existe zorra alguna que tenga los suficientes ovarios para robármelo.

Ella se rio por su franqueza. Los admiraba a ambos por ser una pareja peculiar, tan falta de cualquier prejuicio o convencionalismo que habría supuesto un problema para otros. Y, además, se notaba a la legua lo enamorados que estaban el uno del otro.

A continuación, al lado de Ainara se sentó uno de los mejores amigos de Marc y uno de los más prometedores pilotos de Fórmula 1 del momento, Jon Abiaga, que iba acompañado por una despampanante modelo muy en auge en el panorama nacional.

En cuanto el piloto se enteró de que ella era también del País Vasco, entre los dos surgió una complicidad inmediata, como viejos paisanos que se han pasado una larga temporada fuera de su hogar familiar. Y charlaron animadamente de sus trabajos, inquietudes y aficiones durante un buen rato.